

LA MUERTE DE RIVA AGÜERO

Por Guillermo Hoyos Osoreo

Reproducimos este artículo editorial aparecido en "La Prensa" del 26 de Octubre, porque dice con claridad y valentía lo que a la muerte de Riva Agüero se tenía que decir: 'En esta república atolondrada sólo hay para las personalidades superiores el homenaje tardío, el inútil respeto póstumo y la postergación del bueno y del apto'.

LA cultura peruana está de duelo; su más alto y fulgente luminar ha sido cubierto por las sombras de la muerte.

José de la Riva Agüero era, sin duda, la más egregia figura intelectual de esta nación, por la fuerza de su talento, la profundidad y amplitud de su extraordinaria cultura, la capacidad de orden y crítica en las ideas, el pleno dominio de los medios expresivos y la soberbia actividad de una inteligencia ávida y potente. Y tan insignes calidades se manifestaron desde que comenzó a escribir, siendo todavía muy mozo, en los primeros años de este siglo. Veinte tenía apenas cuando escribió una tesis para el bachillerato en Letras sobre el "Carácter de la Literatura del Perú independiente", que fué ya el fruto sazonado y jugoso de un pensamiento robusto, de un sentido crítico de pri-

mer orden. En el medio universitario de entonces, pobre y opaco, causó pasmo y legítima admiración aquel primer ensayo de Riva Agüero, y tanto en los países de Hispano-América, como en España, varios hombres ilustres saludaron entusiastamente esa obra primigenia del joven peruano como una magnífica promesa. Unamuno, en un artículo dedicado a comentar dicho trabajo, celebraba el sereno juicio del autor, su sólida doctrina, la buena elección de las fuentes, el lenguaje "purísimo y castizo", y la exposición "singularmente clara, limpia y amena". Poco tiempo después aparecía "La Historia en el Perú", escrita por Riva Agüero como tesis para el doctorado, y que, indiscutiblemente, es uno de los más bellos libros que hayan ilustrado nuestras letras. Asombran la profundidad del estudio, el rigor de la dialéctica, la comprensión aguda y certera de las distintas circunstancias históricas, así como de los personajes y sus respectivas obras, y la cálida animación que les comunica el aliento poderoso del escritor. Y a todo esto se agregan las excelencias de una prosa clara, rica, fuerte, manejada con admirable y segura destreza. Esas páginas pueden figurar entre las mejores de la literatura hispanoamericana; y, en cuanto al contenido, dicho trabajo es de los más serios y densos de la crítica histórica en Hispanoamérica. Así lo proclamó el insigne Menéndez y Pelayo, que no trepidó en admitir los errores

o exageraciones de sus juicios acerca de Garcilaso, al leer el luminoso estudio de Riva Agüero sobre los Comentarios Reales. ¡Un gran sabio, universalmente famoso, se inclinaba ante la verdad, expuesta por un mozo de veinticuatro años!

Desde aquella época Riva Agüero ha escrito ensayos, estudios literarios, históricos y jurídicos, trabajos de erudición y multitud de artículos; algunos de ellos publicados en libros que tratan especialmente de una materia determinada, y otros reunidos en tomos que contienen diferentes opúsculos sobre variados temas, como los que se editaron en dos volúmenes con un título que resume admirablemente el sentido de toda la obra que nos deja ese peruano egregio: "Por la Verdad, la Tradición y la Patria". En los últimos tiempos, y pese a su mala salud, Riva Agüero estaba en tan intensa actividad intelectual como en sus mejores años, y parecía ansioso de acentuarla más aún, cual si comprendiera que la muerte no le dejaría mucho espacio para ello. Hace apenas unos meses vió la luz su precioso libro sobre la literatura francesa, breve, pero rico en certeras observaciones, agudo de criterio, y en el que ningún prejuicio de escuela daña la imparcialidad ni deforma el gusto. Mas, se disponía ya a escribir la Historia del Perú, la obra magna que ha debido dejarnos, la que nadie hubiera podido hacer como él, la que sin duda habría salido de su pluma de no haberle distraído de ese empeño la política, la necesidad de luchar por ideas que él consideraba esenciales, la prolongada ausencia, y también la incomprensión de sus compatriotas, el agrio ataque que frecuentemente encendió su tempera-

mento combativo, la miserable envidia de muchos, la indiferencia de este medio cartaginés y el sordo encono de aquellos — muy numerosos, por desgracia, — que odian toda categoría superior, que no pueden sufrir ni el brillo de una gran inteligencia, ni la legítima autoridad de una gran cultura.

En el ocaso de su vida Riva Agüero volvió a la docencia universitaria, que en su juventud ejerciera con tan extraordinario lustre; pero no ya en San Marcos — donde dictó en 1918 aquellas magistrales lecciones sobre el Incario que todavía se recuerdan con admiración en la ilustre Casa, — sino en la Universidad Católica, objeto de sus preferentes desvelos desde hace algunos años. Y puede afirmarse categóricamente que rara, rarísima vez, habrá llegado la cátedra a tanta altura, desde la fundación de nuestra Universidad Mayor a mediados del siglo XVI, como cuando la ocupara el inclito maestro que acaba de morir.

Quien siente profundamente el ideal de nuestra Patria, quien la conciba, no fragmentaria y estrechamente, sino en su integridad, quien haya calado en sus esencias, experimentará sin duda una gran emoción al verificar el auténtico, puro y acendrado peruanismo de Riva Agüero. Era su ilustración universal, su espíritu se hallaba imbuido de sentido ecuménico, como todos los abrevados en las eternas fuentes de la cultura humanista, y conocía a fondo la historia, la literatura y el pensamiento filosófico de la antigüedad clásica y de las grandes naciones modernas; pero esa riqueza formidable de conocimientos, ordenada por una inteligencia clara, de verdadera estirpe latina, no había atenuado en nada su interés por lo vernáculo,

su amor a la tierra natal, que, según dijo bellamente en el curso de "Civilizaciones Prehistóricas", "no puede reducirse a las solidaridades étnicas, sino que sube más alto, al cariño y al culto de todos los que nos antecedieron en este suelo, a la comunidad de tradición territorial". Por eso Riva Agüero, el hombre tildado de recalcitrante hispanófilo, de aristócrata colonialista, de admirador exclusivo y anacrónico de la época virreynal — (cargos todos lanzados por envidiosos y malquerientes, y por quienes nunca leyeron sus escritos) — fué el defensor elocuente del Inca Garcilaso, el expositor entusiasta de las glorias imperiales, el devoto estudio de nuestro pasado incásico y preincásico. Y no sólo quiso la tradición gloriosa de su Perú, sino también, y hondamente, la tierra patria, el suelo sagrado donde la Historia forjó esta nación; amor que vive en las hermosas páginas de los "Paisajes Peruanos", dispersas, desgraciadamente, en artículos de periódicos y revistas.

Riva Agüero apareció en nuestra política, hacia 1915, como una grande y noble esperanza, y lo mejor de la juventud se unió a él, reconociéndole como su guía y su jefe. Entonces no había sufrido aún los amargos desengaños que más tarde padeció, ni la polémica contra quienes negaban apasionadamente lo que él creía fundamental en la sociedad y en la patria le había empujado hacia una posición extrema. Tenía las condiciones necesarias para impulsar al Perú por el camino de una acción renovadora, a la vez ordenada y fecunda, inclusive el aliento de una mocedad entusiasta. Pero en el Perú fallan las mejores posibilidades, y se frustran los más brillantes destinos. A la postre el hom-

bre que hace veintinueve años encabezaba al "futurismo", se convirtió, sin lograr nunca ese futuro, en un ilustre desadaptado, en una eminencia que no influía nada, o apenas, en la vida pública. Sin embargo, Riva Agüero ha dejado un soberbio ejemplo de valor moral, de firme entereza, de lealtad a las convicciones, de honradez indiscutible. Tal vez extremó el inflexible concepto de sus principios, y seguramente hubo en su vida política exageraciones y errores. Pero sobre todo eso se destacan el desinterés, el arrojo, la sinceridad de sus actitudes, y la elevación de su credo católico y peruanista. Por lo demás, este hombre cultísimo, este político combativo, este aristócrata millonario, este gran señor, era también una persona afable, sencilla, llena de benevolencia hacia los humildes.

La muerte de tan egregio peruano es, pues, un duelo nacional. Al hundirse en el seno de la eternidad quien fué muchas veces centro de controversias apasionadas, llega la hora de decir enfáticamente que Riva Agüero es una gloria de nuestra cultura, que su figura se destaca como la única digna de Garcilaso, que su obra honra a nuestra Patria.

El eminente historiador Basadre observa que generalmente en "esta república atolondrada" sólo hay para las personalidades superiores "el homenaje tardío", el inútil respeto póstumo, la postergación del bueno y del apto". Pero ya es un principio de reparación ese acatamiento a los altos valores, porque, como dijera el propio Riva Agüero, "es obligación primordial de un país el culto de sus grandes muertos, y porque, sin memoria fiel y tradición robustecida, no pueden subsistir patria, religión, ni genuina literatura".